

ní mi División, animé a los subalternos con una proclama a que se me reuniesen a sostener nuestro congreso, logrando por este medio sofocar la disidencia, que ya comenzaba a sacar la cara. Esto era consecuencia de las desgracias, pues ni aun en los matrimonios hay paz cuando las desdichas aquejan a los consortes. Llegué, pues, sin armas ni pertrecho, porque todo fué presa del vencedor en Zitácuaro, y era de necesidad absoluta, por lo que a costa de mil afanes planteé una fábrica de cañones. Esta empresa ha sido una de las más afanosas de mi vida, pues se me presentaron dificultades insuperables; pero la necesidad es la madre de todas las artes que el tiempo perfecciona.

Cuando estaba más afanado en mi fundición, fuí asaltado por el Comandante español Ondarza, en la madrugada del 5 de marzo de 1812. Condújolo a mi posada un vil asistente mío, prisionero hecho en San Juan del Río: cercáronla completamente los enemigos a tiempo que yo me incorporaba en la cama: rompen el fuego por los cuatro costados sin dejarme retirada, y he aquí un lance bien apurado: era preciso vender cara la vida, ya que se trataba de perder-

la. Salto de mi cama, tomo un fusil, rompo la línea y me pongo en salvo; penetran a la casa y no hallándome en ella, lavan sus inicuas manos con la sangre de seis inocentes paisanos y prenden fuego a la casa ¡valiente hazafia! pero dentro de dos horas Ondarza tiene que huir de mi División a gran prisa, y que llevar el turbante del moro que se le fué. Mi tropa, entusiasmada por mi escape, dió un banquete, hubo brindis, abrazos, bombas y juramentos de vencer o morir a mi lado; esto compensaba los trabajos y peligros pasados. Llegó el deseado momento en que monté y probé dos cañones de a cuatro y dos pedreros; fué el 20 de abril, día en que recibí un oficio del General Rayón, en que ordenaba me acercase a Zinacantepec con la División de mi mando. Marché, pues, con setecientos hombres y mi artillería. No asistí al ataque que se dió en Toluca por falta de tiempo, pero sí me hallé pronto a auxiliar en el de Lerma y después en el de Tenango, en donde acredité valor y patriotismo. Rechazado varias veces Castillo Bustamante, lleno de rabia y desesperación por la pérdida de muchos oficiales y soldados, hasta reducirlo al último conflicto, pudo haber sido totalmente destruído

cuando lo seguían nuestras tropas; mas entonces se recibió orden del General Rayón para que nos retiráramos a Tenango. Esta retirada me costó un agudo y peligroso dolor espasmódico que me puso a las puertas de la Eternidad, proveniente de la cólera que me agitaba, viendo perdida la acción más favorable de dar un golpe maestro al gobierno español y renovada la imprudencia de Annibal, cuando por no perseguir en su derrota a los romanos se enlazaron los sucesos, y fué víctima de este descuido militar. No me faltó ocasión, ni tropa, ni conocimientos, pero era necesario no ser insubordinado, y primero debe perderse el mundo todo, que en un ápice falte a la obediencia de sus jefes el que es soldado y ha renunciado de su voluntad.<sup>1</sup>

En 3 de junio llegamos a Tenango, a pesar de mi quebrantada salud se me encomendó el importante punto del Veladero; mas mi División se puso bajo de mando ajeno, sin comunicármese el motivo; sólo se me dejaron noventa granaderos y tres cañones, con los que rechacé al enemigo

*1 Así pensaban los jefes de la insurrección en el año de 1812. Ninguno de los que obraron de este modo tuvo una suerte desgraciada.*

cuatro días consecutivos, y aunque acometido día y noche, no se me dió auxilio.

En el 6 de dicho mes, a las cuatro de la mañana asaltaron los españoles los fosos y plazas de Tenango, por el descuido del Comandante de ella, y pretendieron hacer otro tanto con el punto del Veladero; pero los recibí y rechacé cinco veces, saliendo la tropa dispersa bajo los fuegos de mi batería. Creyeron que había habido dolo de parte del jefe de día. Yo salí a las diez y media con mi puñado de hombres por entre más de dos mil españoles, cortando la línea y perdiendo la artillería; pero sin que me hirieran ni un solo soldado. Marché a mi departamento a esperar resultados y llorar mi desgraciada suerte. Jamás me oprimió más la melancolía; llovían sobre mi patria las desgracias y por ellas perdíamos en el concepto de los que confunden la malicia con el infortunio y califican las cosas por su éxito, no por su moralidad.

Después de la desgraciada derrota de Tenango, y dividida la Suprema Junta, pasó el Sr. Rayón a Nopala y me mandó le acompañase a la expedición de Ixmiquílpam. Allí se acabó de realzar el valor de mis dragones, pues habiendo

puesto el enemigo una emboscada en el puente, a tiempo que yo tomaba posición en el punto nombrado la Media Luna, se me cargó reciamen- te y cuando creyó derrotarme, lo fué él y puesto en fuga con pérdida de un oficial y más de treinta dragones del marino Casasola. Al día siguiente penetré el puente; eché abajo dos parapetos y marché hasta la plaza, rompiendo paredes, menos la última, por esperar el auxilio de los Villagranes y Polos que traía a retaguardia; mas a pesar del desamparo en que me ví, sostuve el fuego hasta las cuatro de la tarde en compañía del Coronel Lobato. Ordené una retirada militar, sin perder más de un cañón que se nos reventó y desbarrancamos en el río, y llegando al punto de nuestra posición, no encontramos más que la huella de los compañeros que habían retirádose antes de tiempo, abandonando los cañones en el camino. Esta conducta me hizo acreedor al grado de Mariscal.

Siempre amé el orden y respeté a los que procuraron hacernos entrar en él: fué por tanto constante mi adhesión al General Rayón, y esto me atrajo el odio de sus colegas los Vocales Verdusco y Licéaga, los cuales conminaron a Vi-

llagrán para que me desarmara a toda costa, teniendo yo que poner en movimiento toda mi astucia para evadir un golpe que era menos funesto a mi persona que a mi nación. Fué tal la tempestad y tan violento el huracán que contra mí se levantó, que esta época fué la más difícil de mi vida. Me abandonó el valor, me faltó la presencia de ánimo, desapareció la paz de mi corazón, estuve a punto de matarme y sólo me salvó (después de los auxilios divinos) la consideración de que todavía podía ser útil a mi patria y de que si no lo era, podría vender muy cara mi sangre a los enemigos de ella. Tantos males suscitados por los mismos americanos, excitaron vivamente mi sensibilidad y me acarrearón una dolencia nerviosa que me hizo buscar e implorar el socorro de un párroco; pero éste se empeñó en convertirme *políticamente*, y en que me indultase. Estos eran los grandes resortes del gobierno español, fundado sobre la hipocresía. Recibílo como un insulto, y viendo su tenacidad y sospechando que me jugase alguna felonía, pues estaban en aquella época rotos los vínculos sociales, me retiré de su casa a una cabaña. La enfermedad se me agravó y se me administraron los Santos

Sacramentos: algo más restablecido escribí al inmortal Morelos el estado actual de las Provincias del Norte y Poniente, detallándole muchos acontecimientos que deberían serle muy útiles: le hago ver la necesidad que había de que tuviéramos una entrevista y le pido me señale sitio para ella.

El Cura, que jamás olvidó su proyecto de separarme de las banderas de la libertad, no perdonaba medio, aun de los más reprobados para conseguirlo. Dió aviso a D. Nicolás Gutiérrez, Comandante de Toluca, quien con doscientos hombres vino a marchas dobles hasta los montes de Chiapa para sorprenderme; pero erró el tiro y se volvió avergonzado. En seguida me mandó llamar el párroco con un dependiente suyo, expresándome que tenía un negocio muy grande que comunicarme: acudí a la cita, me recibió placentero e hizo rodar la conversación sobre lo extenuado de mi salud, el mal pago que dan los hombres, y me describió pintorescamente la vida del campo, dulce y pacífica. Pero ¡cuánta fué mi sorpresa al oír un grande estrépito, ver correr despavoridos los criados, crecer la algazara y presentarse el Comandante Revilla con más de doscientos de la tropa del Rey, que gritaban

*Aquí está Correa, amarrémoslo . . . .* Mi párroco sacó de la bolsa un papel, y asiendo al Comandante del hombro, le dice con aire burlón . . . . .  
Correa ya está indultado.<sup>1</sup>

En efecto, este intrigante era autor de aquella tramoya; la tenía forjada de tiempo atrás e impetrado del Virrey y Arzobispo de mi indulto. Combinó su plan con Gutiérrez y Revilla y logró ponerme en la alternativa de admitirlo o morir. De Comandante en Comandante fuí remitido en calidad de reo, sufriendo los mayores insultos del gobierno de México, quien me entregó en manos del señor Obispo Bergosa.

De pronta providencia y sin perjuicio de la causa, me recetó una tanda de ejercicios en la Casa Profesa, con el objeto de que abjurase mis errores y curase mi conciencia; pero antes de referir lo ridículo y violento de esta escena, me creo obligado a asegurar no sólo como hombre de honor, sino con juramento que hago, que en el silencio de las pasiones examiné la justicia de la cau-

<sup>1</sup> Otro tanto me iba a pasar en San Salvador de los Comales con un Cura que me citó confidencialmente para aquel punto; pero le olí la trampa y quedé burlado. Destacaron luego de Puebla un crecido número de dragones. Ignacio Luna los atacó en la Cañada de Ixtapa, les mató treinta, y yo ya había pasado para Oaxaca.

sa que con tanto ardor había sostenido y la hallé no sólo honesta, sino santa y debida, y que ratifiqué en la soledad mis propósitos de seguirla hasta morir. Estos ejercicios fueron (permítaseme la comparación) como un sacramento de confirmación que me robusteció para nuevas peleas. El Obispo Bergosa, como si yo fuera monja capuchina, me manda expresamente con el Dr. Tirado ¡exceso criminal! pero me fué preciso sucumbir. . . . Desabroché mi conciencia con aquel inquisidor, el cual formó un melodrama, en que con asistencia de dos eclesiásticos me levantó la excomunión, exigiéndome un execratorio juramento de fidelidad a España y jamás tomar armas contra ella. El Dr. Monteagudo me prometía, a nombre del Virrey, que como mudara de conducta, se me daría la Comandancia que quisiese. Quedé viviendo en la Profesa, afectando una contrición que no tenía, hasta que, dispuestas mis cosas, me fugué el 6 de octubre de 1813, a costa de los mayores riesgos e inmensos sacrificios, y me reuní en Chilpancingo con el Sr. Morelos. Parece que todos los males se me reunieron entonces en un foco y que se vació la fatal caja de Pandora sobre la América.

El ejército de Morelos, el más brillante y florido, perdió la acción en Valladolid el 24 de diciembre, yo me mantuve firme, aunque cercado de peligros, hasta las siete del día 25, recogiendo cadáveres y salvando heridos, encaminando extraviados y, puesto en retirada, me uní al señor Matamoros, quien no admitió mis consejos de retirarse a las costas a reponerse para poder seguir la empresa. Probamos fortuna, la que nos fué demasiado adversa en Puruarán, Chichihualco y Tlacotepec, de que resultó la total destrucción del ejército. Fué ya preciso mudar de aires y emprendí una difícil marcha hasta llegar a las playas de Veracruz.

Unido al Lic. Rosains, que me nombró su segundo, pacificamos el levantamiento de aquellos negros que estaban en absoluta insubordinación. Lo más glorioso que tuve en esta jornada, fué que en Acasónica (jurisdicción de Huatusco) se le dió el título de Coronel al modesto joven don Félix Fernández, quien lleno de entusiasmo tomó el sobrenombre de Guadalupe Victoria, teniendo yo el honor de apadrinarlo en la posesión de su empleo.

Partí de aquella costa deseando encontrar un si-

tio resguardado y defendido para plantear un fuerte donde nuestro Supremo Gobierno pudiese, sin agitación y sobresalto, atender a las obligaciones de su instituto. Descubrí el Cerro Colorado, junto a Tehuacán, el cual, a juicio del atrevido Coronel Evia, con muchos miles de hombres no podía sitiarse ni rendirse. No describo su situación topográfica militar por no extraviar mi plan, y sólo diré que fuí el ingeniero y el peón que diariamente andaba más de cuatro leguas, subiéndolo y bajándolo, cargando desde su falda hasta su cúspide grandes piedras, arena y utensilios, derramando sangre de pies y manos a la fuerza y continuación de este duro pero loable ejercicio.

El año de 1815 pasé a Puruarán y se me dió la Comandancia de Uruápam, renovándoseme la graduación de Mariscal. Permanecí en ella poco tiempo por causa de las revueltas que suscitó el Dr. Cos. En este estado sufrió la Patria el fatal golpe de la prisión del Sr. Morelos y destrucción de la Junta subalterna de Uruápam. Volé a favorecerla en compañía de Torres, Rosales, Hermosillo, Yarza, Vargas y otros subalternos, poniendo en fuga al genio díscolo que había dividido aquella corporación.

Aquí recibí la infausta nueva de que otro perverso había disuelto el Soberano Congreso creado en Chilpancingo, el 14 de diciembre de 1815. Me hallaba en Uruápam, y sin perder momento marché a proteger y sostener mi Cerro Colorado, que miraba como el paladión de nuestra libertad. Me faltaron los auxilios, y a medio camino me hallé cortado por todas partes y en medio de miles de satélites del gobierno español y de cobardes indultados que ya abrazaban la más injusta de las causas. Era preciso tomar un partido: dejo, pues, mis vestidos, me ajusto un algodón y calzonerías de jerga, y barba larga: tomo un pasaporte con el nombre de Juan Vargas, en el pueblo de Ozumba, y me acomodo de mozo de un arriero que hacía viaje a Tehuacán, unas veces a pie, descalzo otras: caminé sesenta leguas cuidando de la recua y desempeñando a satisfacción de mi amo las obligaciones respectivas de mi cargo; pero ¿cuál fué su sorpresa cuando un poco antes de Tepeji de las Sedas encuentro a D. Juan Terán y otros conocidos, que corriendo a mis brazos me saludan su General. ¿Quién me besa la mano? ¿Quién le da el parabién al señor Cura? Mi amo estaba más confuso que D. Quijote cuan-

do Dulcinea se transformó en aldeana. Pidióme mil perdones y de allí en adelante no se atrevía a levantar sus ojos de avergonzado: ¡noble sencillez, que envidio siempre que la recuerdo!

Mi llegada a Tehuacán, en tan ridícula figura, causó recelos a su Comandante, quien me conocía como a sus manos, y veía el aplauso que se me tributaba; inspiróle desconfianza contra mí, llegando a tal descaro, que cuando entregó aquella fortaleza en 21 de enero de 1817, cuyo descubrimiento fué fruto de mi ingenio y multiplicadas tareas, me colocó en la «clase de un carabiniero raso,» poniéndome a las manos de las tropas españolas, y empleándome en las comisiones más riesgosas que en las que el salmista destinó a Urías. ¡Tales crímenes, maldades tales! . . . ¡ah! cubramoslos con el velo del silencio!

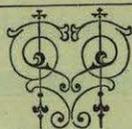
Caí prisionero en poder del toreador Bracho, Coronel de Zamora, quien después de vomitar sobre mí las injurias más atroces, y vertir las desvergüenzas y andaluzadas más soeces, me mandó encapillar, poniéndome bajo la dirección de su Padre capellán, en 19 de enero de 1817, desde cuyo día hasta el 22, no se me ministró una migaja de pan, ni un trago de agua; ¡vive Dios que es

verdad! suspendiendo la ejecución de orden del Comandante D. Ciriaco Llano.

Puesto a disposición del gobierno español, se me tuvo en Puebla catorce meses, con la ciudad por cárcel, aislado, sin recursos, y reducido a una accesoria por casa, un petate y una frazada por ajuar, y por asistente mi misma persona, abrumado por los sarcasmos e insultos que recibía por sus calles; saliendo sólo de noche a la fuente por agua, y a los figones por un mísero alimento. Imploré repetidas veces la compasión del señor Obispo Pérez; mas apenas me socorrió en diversas ocasiones con 22 pesos; pero no me ultrajó, y su dulzura me suavizó mi suerte en algún modo. El único corazón sensible que encontré en época tan desgraciada, fué el del Ilustrísimo señor Fonte, Arzobispo de México, que me asignó una mesada de 15 pesos, me escribía con frecuencia y se interesaba por mi felicidad. . . . ¡Eterna sea su memoria, como lo es mi gratitud a su beneficencia!

Ya sano, me habilitó para ejercer mi ministerio: logré el interinato del Real del Monte, pues no he logrado la restitución de mi beneficio, sin embargo de la ley expresa del Soberano Congre-

so, en donde estaba sirviendo cuando la época de la Independencia. No creí entonces necesaria mi asistencia personal, pues se me informó que estaba generalizada la opinión, y ví conseguidas mis ideas; pero en el púlpito exhortaba, y en el confesionario convencía. Instruí por cartas a los pueblos en el santo dogma de la Libertad e Independencia, y les ponía en claro sus derechos. Auxilié al Sr. Guerrero con reales y víveres: dí noticias de interés y del momento al jefe de las garantías, e hice cuanto estaba en mi posibilidad y alcance.




---



---

## INDICE

Advertencia.....	V
FRAY LUIS GONZAGA ORONoz.	
Manifiesto analítico o vida política del C. Luis Gonzaga Oronoz.....	I
Fray Luis Gonzaga Oronoz.—Religioso Francisco Americano.—A la Nación Española.....	33
Vuelto a México, Oronoz pide que el Gobierno le conceda un empleo o una pensión, hasta que el Congreso General le reconozca y premie sus servicios y penalidades por la causa de la Independencia.....	51
Ya Oronoz de Visitador de Correos de Guanajuato, viene a México y obtiene que el Congreso le reconozca su grado militar y le conceda su retiro..	97
EL BACHILLER D. JOSE MANUEL CORREA.	
Correa, privado de los rendimientos de su Curato, pide se le restituya en él y se proceda contra el que lo haya acusado de infidente.....	127
<i>Criminal de oficio</i> contra el Br. D. José Correa, Cura de Nopala.....	133
Sobre indulto, absolución de excomuni6n e irregu-	